

libertaban á los que las esgrimian. De la servidumbre se pasó al salario, y este se modificó mas adelante, porque no es una libertad completa.

Luis el Gordo no emancipó las municipalidades como lo ha asegurado por espacio de tanto tiempo la antigua escuela histórica; pero el movimiento de insurrección general de las municipalidades en el siglo XI, que ha observado la escuela moderna, no debe admitirse, sino con restricción, porque esta escuela se ha dejado arrastrar sobre este punto por el espíritu de sistema.

Las cruzadas recompusieron los grandes ejércitos modernos, descompuestos por los acantonamientos del feudalismo.

La caballería no tiene su origen en las Cruzadas, y los novelistas que la refieren al tiempo de Carlo-Magno, no han faltado, como se cree, á la verdad histórica. La caballería comenzó á un mismo tiempo entre los moros y entre los cristianos, á fines del siglo VIII. El autor del poema de *Antar*, y el monge Saint-Gall (que escribían uno y otro las azafias de los paladines moros y cristianos), Carlo-Magno y Arun-al-Rachid, eran contemporáneos. Pruébase esta antigüedad de la caballería, por las costumbres, los combates, las armas, las artes, los monumentos y la arquitectura.

No hubo caballería colectiva, sino una caballería individual. La caballería histórica ha dado nacimiento á una caballería romántica, y esta, que marchó á la par con la caballería histórica, selló los tiempos de la edad media con un carácter de fantasía y de fábula que es muy esencial distinguir.

La monarquía de los Estados cuyo origen procede del reinado de San Luis, aunque no se fija su fecha, hasta el de Felipe el Hermoso, nunca entró por completo en las costumbres de Francia; fue siempre débil, porque las dos primeras órdenes, el clero y la nobleza, tenían constituciones particulares y se cuidaban muy poco de una constitución común. El tercer Estado, llamado únicamente para votar impuestos, no atendía sino á unirse á la corona para defenderse de las otras dos órdenes. La monarquía parlamentaria debilitaba también los Estados, usurpando sus funciones y poderes. Finalmente, el reino no formaba entonces un cuerpo homogéneo, sino que tenía Estados de provincia, y la autoridad de los Estados de la lengua d'Oyl era desconocida á treinta leguas de París.

Cuadro general de la edad media en el momento en que la rama de los Valois subió al trono: vida prodigiosa de este siglo; educación, costumbres privadas, artes, etc.; modo independiente y vigoroso de imitar y apropiarse los autores clásicos. Población y aspecto de la Francia en la edad media: cubrían su suelo mas de ochenta mil monumentos. Admirable arquitectura gótica; su historia. Pudo tener su primer origen en la Persia. Nació del neo-greco asiático introducido en Europa á un mismo tiempo por dos religiones y por tres caminos distintos: En España por los moros; en Italia por los griegos; en Francia, Inglaterra y Alemania por las Cruzadas.

Aquí abandono el *análisis razonado* para ocuparme de la *historia* misma. Reinados de los Valois. Mudanzas sociales ocurridas en estos reinados: los pueblos se nacionalizan; sepárase la Gran-Bretaña de la Francia, convirtiéndose en su rival y enemiga; forma su constitución y establece sus libertades.

Eragmentos de los reinados de Felipe VI y de su hijo Juan; guerra de la Bretaña; la Francia es invadida y asolada; batalla de Greç y de Poitiers, la alta y primera nobleza pierde las tres grandes batallas de Greç; Poitiers y Azincourt, y perece casi toda. Muéstrase en la escena una segunda nobleza, que libra á Francia de los Ingleses, y figura por última vez en Yory. El ejército plebeyo ó nacional, que empieza á formarse en el reinado de Carlos VII, se

umenta, y la pólvora, cambiando la naturaleza de las armas, sirve para destruir la importancia militar de la nobleza, que constituye por dar oficiales al ejército cuyas filas constituía en otro tiempo. Si el sistema de las guardias nacionales se generalizara, destruiría el ejército permanente: se volvería á los levantamientos en masa de la edad media, y el llamamiento á los plebeyos destruiría al de los nobles.

En la época de las guerras de Eduardo III, el nacional francés era el rojo, y el nacional inglés blanco. Eduardo tomó el rojo como rey de Francia. Nosotros desechamos este color, ya enemigo. El tratado de Bretigny no mutiló la Francia como se creído: Felipe casi nada cedió de las provincias de la corona, y no hubo sino señores particulares que daron de soberano. Esto no podría compararse de manera alguna con el desmembramiento de la Francia homogénea de nuestros días.

¿Por qué no se encuentra en nuestra historia un centenar de nombres históricos? (Porque los cronistas de la monarquía feudal escribieron únicamente la historia del ducado de París, y los escritores de la monarquía absoluta, solo nos han dado la historia de la corte.

Después del reinado de Felipe de Valois, de *historia* y vuelvo al *análisis razonado*.

Cuadro de los infortunios de la Francia durante el cautiverio del rey Juan: Carlos V y Duguesclin aparecen juntos, como nacidos el uno para el otro; mitad de sus destinos. París se convierte en 1357 en una especie de democracia antigua, en medio del feudalismo; famosos Estados de aquella época; Carlos el Malo, rey de Navarra; sus designios contra el Juan. Someter á juicio á un soberano, no es idea que pertenece al tiempo en que vivimos; pruebas históricas de que la aristocracia y la teocracia han juzgado y condenado á reyes mucho tiempo antes de que la democracia haya imitado este ejemplo. Artículo noble y generalmente ignorado del testamento de Carlo-Magno, cuyo artículo supone que los hijos y nietos de este excelente príncipe y hombre grande, á pesar que eran reyes, podían ser judicialmente tonsurados, mutilados y sentenciados á muerte.

El levantamiento de los paisanos, los furiosos jacobinismo y la existencia de las grandes compañías fueron desgracias que dieron sin embargo por resultado el ejército nacional. Los movimientos de los hombres groseros de la edad media no indicaban sino independencia del individuo, que procuraba precer á falta de la libertad y de la especie.

Carlos el Sabio, médico paciente, con la medicina aplicada al corazón de la Francia y sintiendo que volvía la vida, hablaba como señor: intimaba al príncipe Negro que compareciese ante su tribunal, sentaba un ugiar á prender al vencedor de Poitiers y presentaba una proeza á la gloria.

Calamidades del reinado de Carlos VI, reinado que trascurrió entre la aparición de un fantasma y la aparición de una pastora. Explicase quién fue esa doncella camuflada por los tres grandes poetas, Shakespeare, Voltaire y Schiller; de qué modo lo hicieron.

Carlos VII. La monarquía feudal se descompuso en el reinado de este monarca, y no quedaron ya sus hábitos. Variaciones capitales: ejército permanente é impuesto no votado; los ejes de la monarquía absoluta. Formación del Consejo de Estado; separación de este Consejo de Parlamento y de los Estados Generales. Desde el punto á que había llegado la sociedad en el reinado de Carlos VII, podía dirigirse la monarquía libre ó á la monarquía absoluta: distinguíase con claridad el punto de intersección y de enlace de los dos caminos; mas la libertad se detuvo y se marchó al poder. La causa de esto fue que después de la confusión de las guerras civiles y extranjeras, después de los desórdenes del feudalismo, la tenden-

de las cosas se inclinaba á la unidad del principio gubernativo. La monarquía en ascenso debía elevarse al mas alto grado de su poder: era preciso que al disminuir la tiranía de la aristocracia, hubiera principiado á hacer setir la suya, antes de que la libertad pudiese reinar á su vez. Así se sucedieron en Francia, en un orden regular, la aristocracia, la monarquía y la república: y habiendo abusado del poder, la nobleza, el poder real y el pueblo, se prestaron al fin á vivir en paz bajo un gobierno compuesto de sus tres elementos.

Luis XI ensayó la monarquía absoluta sobre el canáver palpitante del feudalismo. Este personaje, colocado en los límites de la edad media y de los tiempos modernos, nacido en una época social en que nada estaba concluido y todo principiado, tuvo una forma monstruosa, indeterminada, particular suya, que participaba de las dos tiranías entre las cuales aparecía. Sus costumbres; sus ideas; su política: justificación de la postrera.

Cuando desapareció Luis XI, acabaron de desplomarse las ruinas de la Europa feudal: tómasse á Constantinopla; renacen las letras, é invéntase la imprenta: la América en el momento de su descubrimiento: preséntese la grandeza de la casa de Austria por el enlace de la heredera de Borgoña con la familia imperial. Enrique VII, Leon X, Carlos V y Lutero con la reforma, están cerca. Tócanse ya las orillas de un nuevo universo.

El punto mas elevado de la monarquía de los tres Estados se encuentra en el reinado de Carlos VIII y de Luis XII. Carlos VIII se enlaza con Ana, heredera del ducado de Bretaña. Guerras de Italia. Desde que los reyes de Francia rompieron el último eslabon de la cadena aristocrática, pudieron marchar fuera de su país á la cabeza de la nación.

Luis XII contrajo matrimonio con la viuda de Carlos VIII, y la Bretaña fue el último gran feudo que volvió á los dominios de la corona. La monarquía feudal que principió por el desmembramiento sucesivo de las provincias del reino, concluyó por su reunión sucesiva al reino, cual los rios que salen del mar y vuelven al mismo.

Sucesos del reinado de Francisco I. Ya no se encuentra el original del *Todo se ha perdido menos el honor*; pero la Francia que lo escribió, lo tiene por auténtico. Transformación social de la Europa.

El descubrimiento de América ocurrido en el reinado de Carlos VII, en 1492, produjo una revolución en el comercio, la propiedad y el sistema económico del mundo antiguo. La introducción del oro de Méjico y del Perú hizo bajar el precio de los metales, elevó el de los géneros y manufacturas, hizo pasar á otras manos la propiedad territorial, y creó una propiedad desconocida hasta entonces, la de los capitalistas, cuya primera idea habian dado los Lombardos y los Judíos. Con los capitalistas nacieron la población industrial y la constitución artificial de los fondos públicos. La sociedad ya en esta senda, se renovó bajo el punto de vista rentístico, cual se habia renovado bajo el punto de vista moral y político.

A las aventuras de las Cruzadas sucedieron las de Ultramar, de muy distinta importancia: el globo se engrandeció, principió el sistema de las colonias modernas, y la marina militar y mercante aumentó en toda la extensión de un Océano sin costas. El limitado mar Interior del mundo antiguo, fue solo un estancamiento de corto interés, cuando las riquezas de las Indias llegaron á Europa por el cabo de las Tempestades. Con cuatro años de diferencia, Carlos V triunfaba de Motezuma en Méjico, y de Francisco I en Pavia.

Hay épocas en que la sociedad se renueva, y en que ciertas catástrofes imprevistas ó ciertas casualidades felices ó desgraciadas, ó ciertos inesperados descubrimientos determinan muy de antemano un

cambio en el gobierno, las leyes y las costumbres. Las guerras de Francisco I, de Carlos V y de Enrique VIII, confundieron los pueblos, y las ideas se multiplicaron.

Cuando Bayardo adquiría el alto renombre que le granjearon sus proezas, hallábase en medio de la Italia moderna, de la Italia que brillaba entonces en toda la frescura y lozanía de la civilización renovada; en medio de los palacios edificadas por Bramante y Miguel-Angel, y cuyas paredes se veían cubiertas de cuadros recién salidos de manos de los mas grandes maestros; en la época en que se desenterraban las estatuas y los preciosos monumentos de la antigüedad. Los ejércitos regulares conocidos en Europa desde fines del reinado de Carlos VII, hicieron desaparecer el resto de las milicias feudales, y los valientes de todos los países, se encontraron en estas tropas disciplinadas. Aquellos infieles á quienes los caballeros iban á buscar con San Luis al fondo de la Palestina, dueños á la sazón de Constantinopla, y convertidos en aliados de la Francia, intervenían en su política.

Todo cambió en este país: hasta los trajes sufrieron variación, y se mezclaron las costumbres antiguas y modernas.

La lengua naciente fue escrita con ingenio, finura y sencillez por la hermana de Francisco I, y por este mismo monarca que componía versos tan bien como Marot; por Rabelais, Amyot, los dos Marot y los autores de *Memorias*. Cultiváronse con ardor el estudio de los clásicos, el de las leyes romanas y la erudición general, y las artes adquirieron tal grado de perfección que no han pasado de él en época alguna. La pintura, que brillaba en Italia, fue trasplantada á nuestros bosques y á nuestros castillos góticos, que vieron sus torrecillas y sus almenas coronadas con los órdenes de Grecia. Ana de Monmorency que rezaba sus *Pater noster*, adornaba á Ecoen con obras maestras; el Primático hermozeaba á Fontainebleau, y Francisco I, que se hacia armar caballero como en tiempo de Ricardo *Corazon de Leon*, asistía á la muerte de Leonardo de Vinci, y recibía el último suspiro de este grande pintor. Al lado de esto el condestable de Borbon cuyos soldados se presentaban como los de Alarico para saquear á Roma; aquel condestable que habia de morir en un cañonazo disparado quizás por el grabador Benvenuto Cellini, representaba en sus tierras de Francia el poder y la vida de un antiguo y opulento vasallo de la corona.

La reforma es el acontecimiento mas grande de aquella época, pues despertó las ideas de la antigua igualdad, é indujo al hombre á examinar, á inquirir y aprender; la reforma fue, propiamente hablando, la verdad filosófica que, revestida de una forma cristiana, atacó la verdad religiosa, ella contribuyó de una manera eficaz á trasformar una sociedad esencialmente militar, en una sociedad civil é industrial: este bien es inmenso; pero iba mezclado con muchos males, y la imparcialidad histórica no permite callarlos.

El Cristianismo principió entre los hombres por las clases plebeyas, pobres é ignorantes: Jesucristo llamó á los pequeños, y estos corrieron á su Maestro: la fe penetró poco á poco en las clases elevadas, y se sentó por fin en el trono imperial. El Cristianismo era entonces católico ó universal: la religión llamada *católica* partió desde el punto mas bajo para llegar á las eminencias sociales; ya hemos visto que el papismo no era sino el tribunal de los pueblos en la edad política del Cristianismo.

El protestantismo siguió un camino opuesto, pues se introdujo por la cabeza del Estado, por los príncipes y los nobles, por los sacerdotes y los magistrados, por los sabios y los literatos, y descendió lentamente á las condiciones inferiores: los caracteres de estos dos

orígenes se han mantenido ostensibles en ambas comuniones.

La comunión reformada no ha sido nunca tan popular como la católica, pues como hija de una estirpe de príncipes y de patricios, no simpatiza con la muchedumbre. El protestantismo, equitativo y moral, es exacto en el cumplimiento de sus deberes; pero su bondad participa más de la razón que de la ternura: viste al que está desnudo, pero no le abriga en su seno; abre asilos á la miseria, mas no vive, no llora con ella en sus albergues mas pobres; consuela al infortunio, mas no le compadece.

Comparacion del sacerdote católico y del ministro protestante: la reforma resucitó el fanatismo que se extinguía, suprimiendo la imaginación de las facultades del hombre, cortó las alas al ingenio y detuvo su vuelo. Goethe y Schiller no aparecieron hasta que el protestantismo, abjurando su espíritu seco y lúgubre, se acercó á las artes y á los objetos de la religión católica. Esta ha cubierto el mundo con sus monumentos: á ella se debe esa arquitectura gótica que rivaliza en sus portales y eclipsa en su grandeza á los monumentos de la Grecia. Tres siglos ha que nació el protestantismo; es poderoso en Inglaterra, en Alemania, en América; practicanle millones de hombres; mas ¿qué ha erigido? Os mostraré las ruinas que ha amontonado, y entre las cuales ha creído conveniente plantar varios jardines ó establecer algunas manufacturas.

Rebelde á la autoridad de las tradiciones, á la experiencia de los siglos y á la antigua sabiduría de los ancianos, el protestantismo se apartó de lo pasado para edificar una sociedad sin cimientos. Confesando por padre á un monge alemán del siglo XVI, el reformado renunció la magnífica genealogía que hace subir al católico, por una serie de santos y de hombres grandes, hasta Jesucristo, y desde este, hasta los patriarcas y la cuna del universo. El siglo protestante negó desde su primer día todo parentesco con el siglo de aquel Leon protector del mundo civilizado contra Atila, y con el siglo de aquel otro Leon, que poniendo fin al mundo de la barbarie, embelleció la sociedad cuando ya no era necesario defenderla.

Si la reforma reducía el campo del ingenio en la elocuencia, la poesía y las artes, comprimía también los corazones guerreros, porque el heroísmo es la imaginación en el orden militar. El catolicismo había producido los caballeros: el protestantismo formó capitanes valientes y virtuosos, pero sin entusiasmo: nunca hubiera formado un Duguesclin, un Lahire, un Bayardo.

Se ha dicho que el protestantismo había sido favorable á la libertad política, pues había emancipado las naciones. ¿Hablan los hechos como las personas?

Fijad los ojos en el Norte de Europa, en el país donde nació la reforma y donde se ha conservado, y en todas partes encontrareis la voluntad única de un señor: la Suecia, la Prusia y la Sajonia han permanecido bajo el poder de la monarquía absoluta, y la Dinamarca se ha convertido en un despotismo legal. El protestantismo se estrelló en los países republicanos: no pudo invadir á Génova, y apenas obtuvo en Venecia y en Ferrara una reducida Iglesia secreta que vino al suelo; las artes y el hermoso sol de Mediodía, eran mortales para él. En Suiza no tuvo éxito sino en los cantones aristocráticos, análogos á su naturaleza, y aun allí con grande efusión de sangre. Los cantones populares ó democráticos Schwitz, Uri y Unterwald, cuna de la libertad helvética, le rechazaron. En Inglaterra no fue el vehículo de la Constitución, formada antes del siglo XVI, en el regazo de la fe católica. Cuando la Gran-Bretaña se separó de la corte de Roma, el Parlamento había ya juzgado y depuesto reyes, y los tres poderes eran distintos: no se cobraba el impuesto, ni se levantaba el ejército sin el consen-

timiento de los lores y de los comunes; habíase encontrado la monarquía representativa, y marchaba ya: el tiempo, la civilización y las luces, siempre en aumento, hubieran añadido los resortes que aun le faltaban, así bajo la influencia del culto católico como bajo el imperio del culto protestante. El pueblo inglés estuvo tan lejos de conseguir la extensión de sus libertades por el hundimiento de la religión de sus padres, que nunca el Senado de Tiberio se mostró tan vil como el Parlamento de Enrique VIII, pues llegó hasta el extremo de decretar que únicamente la voluntad del tirano, fundador de la Iglesia anglicana, tuviese fuerza de ley. ¿Fue la Inglaterra mas libre bajo el cetro de Isabel que bajo el de María? Lo cierto es que el protestantismo en nada alteró las instituciones; allí donde encontró una monarquía representativa ó república aristocráticas, como en Inglaterra y Suiza, las adoptó y donde halló gobiernos militares, como en el Norte de Europa, transigió con ellos y aun los hizo mas absolutos.

Si las colonias inglesas formaron la república libre de los Estados-Unidos, no debieron su emancipación al protestantismo; porque no fueron las guerras religiosas las que las libertaron, sino que se sublevaron contra la opresión de la madre patria, protestante como ellas. El Maryland, Estado católico, hizo causa comun con los demás Estados, y actualmente la mayor parte de los de Oeste son católicos: los progresos de la comunión romana en aquel país libertad exceden á toda creencia, mientras las demás comuniones mueren en una indiferencia profunda. Finalmente, al lado de esa gran república de las colonias inglesas protestantes, acaban de levantarse las grandes repúblicas de las colonias españolas católicas, y ciertamente que estas, para lograr su independencia, han tenido que vencer obstáculos superiores á los de las colonias anglo-americanas, alimentadas, digámoslo así, en gobierno representativo antes de romper el débil lazo que las unía á la metrópoli.

Solo una república y algunas ciudades libres se han formado en Europa con la ayuda del protestantismo: la república de Holanda y las ciudades Anseáticas; mas es preciso observar que la Holanda pertenece á las municipalidades industriales de los Países-Bajos, que por espacio de mas de cuatro siglos lucharon para sacudir el yugo de sus príncipes, y se gobernaron en forma de repúblicas municipales, á pesar de ser zelosas católicas. Felipe II y los príncipes de la casa de Austria no pudieron sofocar en Bélgica el espíritu de independencia; y los sacerdotes católicos acabaron de reducirlo al estado republicano.

Pruebas y manifestación de estos hechos desconocidos ó desfigurados hasta el día. Despues de estas pruebas, hago observar que en mis investigaciones hablo de los protestantes, sino en lo relativo al tiempo pasado; muy mejorados en la actualidad, no son los que eran en la época de Lutero, de Enrique VIII, de Calvino, y han ganado lo que perdieron los católicos.

El reinado de los segundos Valois, desde Francisco I hasta Enrique III, la matanza de la noche de San Bartolomé, la liga y las guerras civiles, son los tipos del terror aristocrático y religioso, del cual surgió la monarquía absoluta de los Borbones; así como el despotismo militar de Bonaparte surgió del reinado del terror popular y político. La libertad sucumbió despues de la Liga, porque lo pasado que había cobrado los Guisas á su cabeza, detuvo el porvenir.

Hechos y personajes de aquella época. El día de San Bartolomé: Carlos IX: muerte de este príncipe: su arrepentimiento. Carlos IX había dicho á Ronsard en versos cuya naturalidad y elegancia debiera haber imitado este poeta:

Tous deux également nous portons des couronnes;  
Mais, roi, je la recois; poete, tu la donnes.

¡Dichoso este príncipe sino hubiera recibido una diadema dos veces manchada con su propia sangre y con la de los Franceses! la corona es un adorno molesto para dormir en el lecho de la muerte.

El cadáver de Carlos IX fue trasladado sin pompa á San Dionisio, acompañado por algunos arqueros de la guardia, por cuatro gentiles-hombres de cámara, y por Brantome, narrador único, que modelaba los vicios de los magpates, como se saca el vaciado del rostro de los difuntos.

Enrique III: la Liga: durante esta el pueblo no dirigía sus negocios, sino que seguía humildemente la huella de los grandes: no había formado un gobierno aparte sino adaptado lo que existía; únicamente se hacia servir por el Parlamento, y había transformado sus sacerdotes en tribunales.

Cuando Mayenne lo juzgaba oportuno, mandaba ahorear á quien le placía de entre el pueblo y á los Diez y seis.

Los Países-Bajos quieren entregarse á Enrique III, que los rehúsa, y la Francia, por un destino constante, pierde también la ocasión de extender sus fronteras hasta las márgenes del Rin.

Jornada de las barricadas. La historia viva ha reducido á proporciones muy mezquinas estos hechos de la historia muerta, tan famosa en otro tiempo. ¿Qué son en efecto la jornada de las barricadas y la del mismo Saint Barthelemy al lado de esas grandes insurrecciones del 7 de octubre de 1789, del 10 de agosto de 1792, de las matanzas del 2, 3 y 4 de setiembre del mismo año, del suplicio de Luis XVI, de su hermana, de su esposa, y finalmente, de todo el reinado del Terror? Mientras me ocupaba de estas barricadas que arrojaron de París á un rey, otras barricadas hacen desaparecer en breves horas tres generaciones de reyes. La historia no aguarda al historiador: traza una línea y arrebatada un mundo.

La jornada de las barricadas nada produjo, porque no fue el movimiento de un pueblo que procura conquistar su libertad; porque la independencia política no era todavía una necesidad comun. El duque de Guisa no intentaba un levantamiento para el bien de todos; ambicionaba una corona, despreciaba á los habitantes de París, aunque los halagaba, y no se atrevía á fiarse enteramente de ellos. Obraba tan débilmente en un círculo de ideas nuevas, que su familia había esparcido folletos probando que descendía de Lothero, duque de Lorena: de aquí resultaba que los Capetos eran unos usurpadores, y los Lorenas, los legítimos herederos del trono, como últimos vástagos de la línea corlo-vingia. Esta fábula llegaba un poco tarde. Los Guisas representaban lo pasado y luchaban por un interés personal contra los Hugonotes revolucionarios de la época, que representaban lo futuro; pero no, con lo pasado no se hacen revoluciones sino contrarrevoluciones.

Todo se verificaba, pues, sin una de esas grandes convicciones propias de las doctrinas políticas, sin fe en la independencia que todo lo derriba. Había, sí, materia para revueltas, pero no para transformaciones, porque nada estaba bastante edificado ni bastante destruido: el instinto de la libertad no se había convertido aun en impulso de la razón; los elementos del orden social fermentaban aun en las tinieblas del caos: la creación principiaba, pero aun no se había hecho á luz.

La misma insuficiencia se notaba en los hombres; no eran bastante completos, ni en defectos, ni en cualidades, ni en vicios, ni en virtudes, para producir una variación radical en el Estado. En la jornada de las barricadas Enrique II y el duque de Guisa, se mostraron muy inferiores á su posición: faltó al uno el coraje y al otro el arrojo del crimen.

En la conducta del duque de Guisa se advirtió mas orgullo que valor, mas presunción que ingenio, mas

desprecio al monarca que ardor hácia el realismo. Intrigaba á caballo como Catalina en su lecho: libertino sin amor, como la mayor parte de los hombres de su época, no sacaba del trato de las mujeres sino un cuerpo debilitado y pasiones gastadas. A sus espaldas tenía toda una religión y toda una nación: y las puñaladas fueron el desenlace de una tragedia que parecia deber concluir con batallas, con la caída del trono y el cambio de una raza.

La jornada de las barricadas, tan infructuosas, produjo sin embargo mucho honor en su partido. «Pero ¡qué milagros hemos visto llevados á cabo por él y con la ayuda de Dios, en el espacio de diez y ocho meses! ¿Quién puede hablar de las barricadas sin gran admiración al ver á un pueblo tan grande que nunca ha salido de las puertas de su ciudad con las armas en la mano, habiendo visto al abrir sus tiendas á los escuadrones reales completamente armados y formados en las plazas mas espaciosas y fuertes de la ciudad, formar sus barricadas con tanta presteza que rechazó á todos aquellos escuadrones hasta el Louvre sin efusión de sangre?» *Oracion fúnebre del duque y cardenal de Guisa.*

La semejanza de los elogios y de las palabras con lo que leemos todos los días, da únicamente algun valor á este pasaje, olvidado en un folleto de la Liga.

Se ha pintado tantas veces el carácter de Catalina de Médicis, que no presenta ya sino una vulgaridad. Solo resta hacer una sola observación. Catalina era italiana, é hija de una familia de mercaderes que fue elevada al principado en una república, estaba acostumbrada á las tempestades populares, á las facciones, á las intrigas, á los venenos y puñaladas, y por consiguiente ni tenía ni podía tener ninguna de las preocupaciones de la aristocracia y de la monarquía francesa, es decir, ese desden respecto de los grandes, ese desprecio á sus inferiores, esas pretensiones al derecho divino, y esa sed del poder absoluto, mientras era el monopolio de una raza. No conocía nuestras leyes, y se cuidaba muy poco de ellas: ocupábase tan solo de que la corona pasase á su hija. Incredula y supersticiosa como los Italianos de su tiempo; en su calidad de incrédula no profesaba aversión alguna á los protestantes, y solo por política los hizo asesinar. Finalmente, si la seguimos en todos sus pasos conoceremos que nunca vió en el dilatado reino de que era soberana sino una Florencia engrandecida, los motines de su pequeña república, las sublevaciones de un barrio de su ciudad nativa contra otro barrio y la querrela de los Pazzi y los Médicis en la lucha de los Guisas y los Chatillons.

Detalles circunstanciados del asesinato del Acuchillado (le *Balafré*) (1), en Blois. La reunión de los protestantes y de los católicos despues de este asesinato, hizo abortar la libertad. Jacobo Clemente, muerte de Enrique III. Cuadro general de los hombres y de las costumbres en tiempo de los últimos Valois, é historia de estas costumbres por los folletos de aquella época. D. solución, crueldad, asesinatos mercenarios, mujeres, favoritos, protestantes, magistrados. La prensa (ó las ideas), representan por vez primera un papel importante en los negocios humanos. Lo que puede decirse en favor de los Valois; su siglo es el verdadero siglo de las artes, y no el de Luis XIV. El mismo Enrique IV no fue tan magnífico y noble como los príncipes de quienes recibió la corona. Todos fueron eclipsados por los Guisas, verdaderos monarcas de aquellos tiempos.

Con los Borbones se inaugura la monarquía absoluta. Enrique IV era ingrato y gascon, prometía mucho y cumplía poco; pero su valor, su talento, sus

(1) Dábase este nombre al duque de Guisa, á causa de una cicatriz que tenía en el rostro, y era el resultado de una herida.



En el reinado de Luis XIII solo se descubren un objeto y un hombre: Richelieu. Preséntase cual la monarquía absoluta personificada, que viene á dar muerte á la antigua monarquía aristocrática. Este genio del despotismo se desvanece, y deja en su lugar á Luis XIV, encargado de sus plenos poderes.

La monarquía parlamentaria, sobreviviendo á la de los Estados, llegó en la minoría de Luis XIV á la cumbre del poder: tuvo sus guerras, batiéronse muchos en su honor, y sus secretos servían de taca á sus cañones; en su reinado de un momento tuvo por magistrado á Mateo Molé, por prelado al cardenal de Retz, por heroína á la duquesa de Longueville, por héroe popular al hijo de un bastardo de Enrique IV, y por generales á Condé y Turenna. Pero esta monarquía neutra, que no era ni la absoluta, ni la templada de los Estados, que aparecía en medio de la una y de la otra; que no quería la esclavitud ni la libertad; que no aspiraba sino á la caída de un ministro artificioso y sagaz: esta monarquía, seguida de algunos príncipes inquietos y facciosos, pasó en breve. Luis XIV, ya en su mayor edad, entró en el Parlamento con un látigo, cetro y símbolo de la monarquía absoluta, y los Franceses fueron ahorrados por espacio de ciento y cincuenta años.

Después de la comedia de Mazarino, repretóse la de Carlos I. Las guerras parlamentarias de la Gran Bretaña fueron las últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa espirante, y las discordias de la Fronda, los últimos esfuerzos de la independencia francesa ya moribunda. La Inglaterra pasó á la libertad con semblante severo, en tanto que la Francia pasó al despotismo con rostro risueño.

El siglo de Luis XIV fue el soberbio catafalco de nuestras libertades, iluminado por mil antorchas de gloria que elevaba en su derredor una comitiva de hombres eminentes.

Luis XIV, como Napoleon, cada cual con la diferencia de su época y su genio, sustituyeron el orden á la libertad.

La monarquía absoluta de Luis XIV era una necesidad un hecho producido por los sucesos anteriores; era inevitable. El pueblo desapareció de nuevo como en tiempo del feudalismo; mas ya estaba creado; existía, dormía y se despertó á su tiempo: durante su letargo tuvo hermosos ensueños en el reinado de Luis el Grande, pues no había sido excluido de la alta administración ni del mando de los ejércitos.

Al terminar la lucha de la aristocracia con la corona, empezó la de la democracia con esta. El poder real, que había favorecido al pueblo con el fin de desembarazarse de los grandes, conoció que se había creado otro rival menos intrigante, pero mas formidable. Empeñóse entonces el combate sobre el terreno de la igualdad, principio vital de la democracia. Hubo monarquía absoluta en el reinado de Luis XIV, porque la antigua libertad aristocrática había muerto, y la igualdad democrática apenas vivía; en la ausencia de la libertad y de la igualdad, segada la una y la otra todavía en germen, reinó el despotismo, y en realidad no podía reinar otra cosa.

El feudalismo ó la monarquía militar noble perdió sus principales batallas; pero los extranjeros no pudieron conservar las provincias que habían ocupado en nuestra patria, y fueron arrojados de ellas sucesivamente; el imperio, ó sea la monarquía militar plebeya, hizo conquistas inmensas, pero se vió obligado á abandonarlas, y nuestros soldados al retirarse trajeron dos veces consigo á París á los extranjeros: la monarquía real absoluta no fué lejos á buscar sus combates; pero nos quedó el fruto de sus victorias, y nuestra independencia vive todavía al abrigo del círculo de murallas que trazó en derredor nuestro. ¿A qué es debido esto? Al espíritu positivo del gran rey, y á la prolongada duración de su reino. Luis

procuró dar á nuestro territorio sus límites naturales. Se han encontrado en los papeles de su administración los proyectos que abrigaba para extender la frontera de la Francia hasta el Rhin, y para apoderarse del Egipto; y aun existe una memoria del Leibnitz sobre el mismo asunto. Si Luis hubiera tenido un éxito completo, no nos quedaria hoy ninguna causa de guerra extranjera.

Desfavorable aspecto de Luis XIV. Cuando cesó de vivir, se le acusó de haber usurpado en provecho propio la dignidad de la nación.

Este príncipe causó además un daño irreparable á su familia; la educación oriental que estableció para sus hijos, esa separación completa de los hijos del trono de los de la patria, hizo al heredero de la corona extraño al espíritu del siglo, y á los pueblos sobre los cuales había de reinar. Enrique IV corria con los niños labriegos, desnudos los pies y descubierta la cabeza por las montañas del Bearn, al paso que el preceptor, que mostraba al joven Luis XV la muchedumbre reunida bajo las ventanas de su palacio, le decía: «Señor, todo ese pueblo es vuestro.» Esto explica los tiempos, los hombres y los destinos.

La vieja monarquía feudal había atravesado seis siglos y medio con sus libertades aristocráticas, para venir á caer á los pies del hijo trigésimo de Hugo Capeto? ¿Cuánto duró el Estado formado por Luis XIV? Ciento cuarenta años. Después de la muerte de este príncipe, la monarquía absoluta solo presentó dos monumentos: la almohada, testigo de los desórdenes de Luis XV, y la cuchilla que derribó la cabeza de Luis XVI.

Luis XV respiró en su cuna la pestilente atmósfera de la regencia: dotado de un carácter indeciso y de la mas insuperable de las pasiones, se halló cargado con el peso enorme de una monarquía absoluta, y su talento no le sirvió sino para ver sus vicios y sus defectos cual una antorcha que alumbraba un abismo.

Hechos y costumbres de aquel tiempo. El duque de Choiseul, madama de Pompadour, madama Du Barry. Las grandes señoras de la corte se escandalizaron con el favor de esta última, pues les pareció que Luis XV faltaba á lo que debía á su nacimiento, haciéndoles la injuria de no escoger sus cortesanas de entre ellas. La desventurada Du Barry vivió bastante para expiar en el cadalso la debilidad de su vida, y luchar con el verdugo en frente de las Calceteras: pocas ébrias y viles á quienes podía ser agradable saborear la sangre de Maria-Antonietta, pero que debieron haber respetado la de la señorita Lange.

Por vez primera se lee el nombre de Washington en la narración de un oscuro combate empeñado en los bosques cerca del fuerte de Duquesne, entre algunos salvajes, algunos franceses é ingleses en 1754. ¿Qué guarda de Versalles, qué proveedor del Parque de los Ciervos, qué cortesano sobre todo ó académico, hubiera querido en aquella época trocar su nombre por el de aquel ignorado americano? En aquella misma época acababa de nacer el niño que debía tender algun día una mano amiga á Washington. ¿Cuántas esperanzas encerraba aquella cuna! Era la de Luis XVI.

El reinado de Luis XV, la época mas deplorable de nuestra historia: cuando se buscan los personajes de ella, vémonos reducidos á investigar en las antecámaras del duque de Choiseul, y las guardaropias de las Pompadour y las Du Barry, nombres que no sabemos cómo elevar á la dignidad de la historia. La sociedad entera se disolvió: los hombres de Estado se convirtieron en literatos, estos en diplomáticos, los grandes señores en banqueros, y los aristócratas en grandes señores. Las modas eran tan ridículas como de mal gusto las artes; pintábanse pasteras con tofillo en los salones donde los coronales bordaban. Todo estaba desconcertado en los entendimientos y en las costumbres, indicio seguro de una próxima revolución.

La sociedad francesa era tan pueril como la romana, en el momento de la invasión de los bárbaros; en vez de componer versos en los claustros, componíanse en los tocadores, y con una cuarteta se adquiría alta celebridad.

Será empero señalar causas harto mezquinas á la revolución, el buscarlas en aquella vida de hombres de inmensa fortuna, en aquella vida de teatros, de intrigas galantes y literarias, unidas á los golpes de Estado contra el Parlamento, y á los furros de un despotismo decrepito. Esta degeneración de la Francia contribuyó sin duda á disminuir los obstáculos que debía encontrar la revolución; mas no era la causa eficiente sino la auxiliar de esta revolución. Seis siglos hacia que la civilización adelantaba, habiéndose destruido multitud de preocupaciones y pulverizado mil instituciones opresoras. La Francia había recogido sucesivamente parte de las libertades aristocráticas feudales, del movimiento municipal, del impulso de las Cruzadas, del establecimiento de los Estados, de la lucha de las jurisdicciones eclesiásticas y señoriales, del prolongado cisma, de los descubrimientos del siglo XVI; de la reforma, de la independencia del pensamiento durante las turbulencias de la Liga y las disensiones de la Fronda, de los escritos de algunos ingenios osados, de la emancipación de los Países-Bajos, y de la revolución de Inglaterra. La prensa, aunque encadenada, conservó el depósito de estos recuerdos bajo la monarquía absoluta de Luis XIV: la libertad durmió pero no indicó su poder; y esa libertad antigua recobró sus derechos cual la antigua nobleza, al empuñar de nuevo su espada. Las generaciones del cuerpo y las del entendimiento conservan el carácter de su peculiar origen; cuanto produce el cuerpo muere á semejanza suya, empero cuanto crea el espíritu es imperecedero como él. Aun no se han engendrado todas las ideas, mas cuando nacen es para vivir sin fin, y convertirse en tesoro común de la raza humana.

Amanecía la época en que iba á mostrarse la libertad moderna, hija de la razón y llamada á reemplazar la antigua libertad, hija de las costumbres. Y aconteció, que ni aun la corrupción de la Regencia y del siglo de Luis XV, fue poderosa á destruir los principios de libertad que nosotros hemos recogido; porque esta libertad no tiene su origen en la inocencia del corazón sino en las luces del entendimiento.

En el siglo XVIII enmudecieron los negocios para dejar espedito el campo de batalla á las ideas; sesenta años de un innoble reposo proporcionaron al pensamiento la ocasión de desarrollarse, de ascender y de descender en las diferentes clases de la sociedad, desde el palaciego hasta el morador de la cabaña. Las costumbres desautorizadas se encontraban en un estado (como acabo de hacerlo observar), que no ofrecían resistencia al entendimiento, cual suelen hacerlo cuando son jóvenes y vigorosas.

Luis XVI dió principio á la aplicación de las teorías inventadas en el reinado de su abuelo por los economistas, y los enciclopedistas. Aquel honrado príncipe restableció los Parlamentos suprimidos el servidumbre corporal, y mejoró la muerte de los protestantes. Finalmente, el apoyo que prestó á la revolución americana (apoyo injusto segun el derecho privado de las naciones, pero útil á la especie humana en general), acabó de desarrollar en Francia los gérmenes de la libertad.

La monarquía parlamentaria, despertando al fin de la monarquía absoluta, vuelve á llamar á la de los Estados, que sale á su vez del sepulcro para transmitir sus derechos hereditarios á la monarquía constitucional: el rey-mártir abandona el mundo.

El gran imperio cristiano de los Franceses debe pues colocarse entre la pila bautismal de Clovis y el cadalso de Luis XVI: la misma religión se halla en pie en los dos barreras que señalan los dos confines de ese an-

churoso palenque. «Altivo sicambro, inclina el cuello, adora lo que has quemado y quema lo que has adorado,» dijo el sacerdote que administraba á Clovis el bautismo de agua. «Hijo de San Luis, sube al cielo,» dijo el sacerdote que asistía á Luis XVI, en el bautismo de sangre.

Entonces se hundió el mundo antiguo. Cuando las olas de la anarquía se retiraron, dejóse ver Napoleon á la entrada de un nuevo universo bien así como esos gigantes que la historia profana y sagrada nos pintan en la cuna de la sociedad, y que se mostraron en la tierra después del diluvio.

Así conduzco desde el pie de la cruz hasta el pie del cadalso de Luis XVI, las tres verdades ocultas en el fondo del orden social: la verdad religiosa, la verdad filosófica ó la independencia del entendimiento del hombre, y la verdad política ó la libertad. Procuero demostrar que el espíritu humano sigue una línea progresiva en la civilización, aun en el momento mismo en que parece retrogradar. Tiende el hombre a una perfección indefinida, lejos está aun de volver á encumbrarse á las sublimes alturas de donde las tradiciones religiosas y primitivas de todos los pueblos nos dicen haber caído; mas no cesa de subir por la pendiente de ese desconocido Sinaí en cuya cima verá de nuevo á Dios. La sociedad caminando adelante, verifica ciertas transformaciones generales, y hemos llegado á uno de esos grandes cambios de la especie humana.

Los hijos de Adán no son sino una misma familia que camina hácia el mismo fin. Los hechos ocurridos en las naciones tan distantes de nosotros en el globo y en los siglos, esos hechos que en otro tiempo no despertaban en nuestra mente sino un mero instinto de curiosidad, nos interesan al presente como asuntos propios, y cual si hubiesen sucedido en vida de nuestros ancianos padres. Para conservar tal libertad, tal verdad, tal idea, tal descubrimiento, se hizo preciso exterminar todo un pueblo para añadir un talento de oro ó un óbolo al fondo común del tesoro humano, sufrió un individuo todas las calamidades imaginables. Dejaremos á nuestra vez los conocimientos que podemos haber adquirido, á los que nos seguirán en la tierra; en medio de las sociedades que parecen incesantemente, vive una sociedad inmortal; los hombres caen, mas el hombre permanece en pie, enriquecido con los tesoros que le han transmitido sus antecesores, haciendo brillar en sus sienas la radiante corona de las luces adquiridas, adornado con los presentes de los siglos: gigante que crece siempre, siempre, siempre, y cuya frente remontándose á los cielos, no se detendrá sino á la altura del trono del Eterno.

Y ved aquí como sin abandonar la verdad cristiana me hallo de acuerdo con la filosofía de mi siglo y con la escuela moderna histórica. Podrán algunos diferir de mi opinión, pero deberán reconocer que lejos de atarcar mi entendimiento en los carriles de lo pasado, trazo desembarazadas vías: ¡dichoso yo si la historia, como la política me es deudora de la rectificación de algunos errores!

Por lo demás, ni aun en mi sistema religioso me separo de mi tiempo, como podrian creerlo los entendimientos poco reflexivos. Dícese que el Cristianismo ha pasado. ¿Ha pasado? Sí; en la calle donde hemos hundido una cruz; en casa de dos ó tres vecinos nuestros; en la Asamblea en que declaramos desde lo alto de nuestra seguridad, que nadie nos comprende, que no es posible comprendernos, y que, á no hallarse muy adelantada una generación es incapaz de seguir el vuelo de nuestro genio, y de entrar en el movimiento del universo. Merced á ese genio adivinamos lo que no sabemos; dejamos caer una mirada de águila sobre los siglos; sin necesidad de antorcha penetramos en la noche de lo pasado é iluminamos el porvenir con resplandores que ofuscan los débiles ojos de nuestros padres.

Sea así; pero á pesar de esto [y salvo el respecto debido á nuestra superioridad, el Cristianismo no ha pasado, pues acaba de emancipar la Grecia, de dar la libertad á los Países-Bajos, y se bate en Polonia. El clero católico ha roto á nuestra vista las cadeñas de Irlanda, y emancipado las colonias españolas conviriéndolas en repúblicas. El catolicismo, como he dicho, hace progresos inmensos en los Estados-Unidos, y toda la Europa bárbara ó civilizada se inscribe en diferentes comuniones de la forma evangélica. Si fuera posible que el mundo civilizado sufriese otra invasión, ¿quién lo invadiría? Unos soldados que ayunarian, orarían y morirían en nombre de Cristo. La filosofía de Alemania tan sábia, tan ilustrada, y á la cual me adhiero, es cristiana, y lo es asimismo la filosofía de Inglaterra. Considero una insigne pequeñez de alma el no tomar en cuenta al menos como un hecho, esa idea cristiana que vive todavía entre tantos millones de hombres en las cuatro partes del mundo; esa idea que se encuentra el Kamtschaska y en los arenales de la Tebaida, en la cumbre de los Alpes, del Cáucaso y de las Cordilleras; paréceme digo gran miseria el imaginar que esta idea haya dejado de existir porque ha desertado de nuestro mezuino cerebro.

Hay dos hombres á quienes no deseclaré el siglo, pues fruto de sus entrañas, sus talentos y sus principios reciben alabanzas incienso y admiraciones de la época presente: ambos marchan á la cabeza de todas las opiniones políticas y de todas las nuevas doctrinas literarias. Escuchemos á lord Byron y á Mr. Benjamin Constant, acerca de las ideas religiosas.

«No soy enemigo de la religión, todo lo contrario; en prueba de ello educó á mi hija natural bajo la fe de un riguroso catolicismo en un convento de la Romanía porque opinión que nunca se puede tener bastante religión cuando se tiene alguna. Y porque de día en día me inclino mas á las doctrinas católicas.» (*Memorias de lord Byron*, tom. V, pág. 172.)

Durante su destierro en Alemania en tiempo del gobierno imperial, se ocupó Mr. Benjamin Constant en escribir su obra sobre la religión. Da cuenta de su trabajo á uno de sus amigos (1), en una carta autógrafa que tengo á la vista, y de la cual copiaré un pasaje muy notable:

Hardemberg 41 de octubre de 1811.

«He continuado trabajando lo mejor que he podido en medio de tantas ideas; tristes. Confío en que dentro de pocos días verá redactada en su totalidad por vez primera mi *Historia del politeísmo*. He renovado todo su plan y mas de las tres cuartas partes de los capítulos. Esto era necesario para coordinar el orden que tenia concebido, y que juzgo haber realizado; necesario ha sido también hacerlo así porque como sabéis, no soy ya aquel filósofo intrépido, seguro de que nada hay despues de este mundo, y tan contento con él, que se regocija de que no hay otro. Mi obra es una prueba singular de lo que dice Bacon, que el principio de los conocimientos conduce al ateísmo, y la perfección de ellos á la religión. Profundizando los hechos, recogidos de todas partes y luchando contra las innumerables dificultades que oponen á la incredulidad, me he visto obligado á retroceder en las ideas religiosas. Ciertamente que lo he hecho de buena fe, porque cada paso retrógrado me ha costado mucho. Aun en estos momentos todos mis hábitos y todos mis recuerdos son filosóficos, y defendiendo palmo á palmo todo el terreno que la religión me vuelve á conquistar. Hay además en todo esto un sacrificio de amor propio porque imagino que es difícil hallar una lógica mas estricta que la empleada por mi para atacar todas la

(1) Mr. Ochet que es en la actualidad secretario general del consejo de Estado.

opiniones de este género. Mi libro no tenia absolutamente otro defecto que estar estrito en sentido opuesto á lo que ahora me parece verdadero y bueno, y hubiera obtenido indudablemente un triunfo de partido. Aun hubiera logrado también otro resultado feliz, porque con algunas ligeras variaciones hubiera adoptado el plan que mas agradaría en la actualidad: un sistema de ateísmo para las gentes de rango; un manifiesto contra los sacerdotes, y todo esto combinado con la acostumbrada narración para el pueblo de ciertas fábulas, narración que satisface al mismo tiempo al poder y á la vanidad.»

Consiento en pasar por espíritu retrógrado con Herder, con la escuela filosófica de Alemania, y finalmente con Mr. Benjamin Constant y lord Byron.

La sociedad se halla atormentada en el día por una necesidad de creencia que se manifiesta en todas partes. En vano se pretende satisfacer la avidez de los ánimos, esforzándose en fanatizarlos con una verdad material que también los engaña, puesto que el raciocinio se cambia en abstracción. Este entusiasmo efímero no conduce lejos á la juventud, porque ni puede librarse de la tristeza que la abruma, ni llenar el vacío que ha dejado en ella la falta de toda fe. No se admira durante mucho tiempo un puñado de barro sensitivo, aunque esté compuesto de espíritu y de materia, y forme esa pretendida unidad humana, cuyo sistema renovado de los Griegos, es además un ensueño de una secta budhista. ¡Cuánta miseria sería que esta vida de un día no fuese otra cosa que la conciencia íntima de nuestra nada!

Tal es la serie de ideas y de hechos que el lector encontrará en los presentes *Estudios históricos*. Sé que con este análisis despojo á mi trabajo del principal atractivo de la curiosidad. Si abrigase la esperanza de ser leído, me habría abstenido de privarme del medio mas seguro de triunfo; pero carezco de tal esperanza. Un extracto, aunque sea ya demasiado largo, me deja al menos la eventualidad de dar á conocer las verdades que he creído útiles, y que permanecerían oscuras en las dilatadas páginas de estos volúmenes. Como autor me equivoco, como hombre tengo razón. Cuando hemos vivido y padecido mucho, hemos aprendido también mucho: á fuerza de vigiliias y de trabajar durante el día; á fuerza de manejar penosamente el arado ó la vela, los viejos labradores, como los viejos marineros llegan á conocer el cielo y á saber predecir las tormentas. Réstame solo dar gracias á las personas que me han ilustrado con sus trabajos ó consejos.

Debo á la finura y á las bondades del baron de Bunsen, ministro de S. M. el rey de Prusia en Roma, un excelente extracto de los *Nibelungos*, que se halla al fin de estos *Estudios*. El sabio Mr. Bunsen era amigo del gran historiador Niebuhr: mas venturoso que yo, registra todavía aquellas ruinas donde yo esperaba restituir á la tierra, imagen por imagen, mi pobre arcilla en cambio de alguna estatua desenterrada.

El conde de Tourgueneff, antiguo ministro de instrucción pública en Rusia, hombre de universales conocimientos, se ha dignado comunicarme interesantes datos sobre los historiadores de Polonia, Rusia y Alemania.

Para disipar ciertas dudas relativas á algunos puntos de la filosofía de los padres de la Iglesia, me he dirigido á Mr. Cousin; y he visto que el verdadero sabio es siempre accesible.

Mis instructivas conversaciones con mi compatriota Mr. Dubois, me han ilustrado sobre los sistemas religiosos del Oriente. Al hablar de los hombres que hacen honor á mi país, he hecho observar que la Breñaña contaba en la actualidad al abate de Lamennais: ssi Mr. Dubois publica la obra que actualmente escribe sobre los orígenes del Cristianismo, tendré un nuevo motivo para felicitar á la Francia.

## ESTUDIO PRIMERO.

### EXPOSICION.

TRES verdades componen la base del edificio social: la verdad religiosa, la filosófica y la política.

La verdad religiosa es el conocimiento de un Dios único, manifestada por medio de un culto.

La verdad filosófica es la triple ciencia de las cosas intelectuales, morales y naturales.

La verdad política es el orden y la libertad: el orden es la soberanía ejercida por el poder: la libertad es el derecho de los pueblos.

Cuando menos desarrollada está la ciudad, mas confusas aparecen estas verdades: combátense entre sí en la ciudad imperfecta, pero nunca se destruyen: y de su combinación con el entendimiento, las pasiones, los errores y los acontecimientos, nacen los hechos históricos. Entre el extruendo ó el silencio de las naciones, en la profundidad de las edades, en los extravíos de la civilización ó en las tinieblas de la barbarie, murmura siempre alguna voz solitaria que reclama las tres verdades fundamentales, cuyo uso constante y completo conocimiento dará por resultado la perfección social.

La sociedad, á pesar de que alguna vez parece retroceder, no cesa de marchar adelante. La civilización no describe un círculo perfecto, ni se mueve en línea recta: es en la tierra como el navío en el mar, que combatido por la tempestad bordea, retrocede y es desviado por las olas del derrotero que se propone seguir; pero al fin halla á fuerza de tiempo prósperos vientos, adelanta diariamente algo en su verdadero rumbo, y aborda al puerto hácia donde habia desplegado sus velas.

Examinando las tres verdades sociales en el orden inverso, y empezando por la verdad política, prescindamos de las antiguas nociones de lo pasado.

La libertad no existe exclusivamente en la república, á donde la habian relegado los publicistas de los dos últimos siglos, imitando á los publicistas antiguos. Las tres divisiones del gobierno, en monarquía, aristocracia y democracia, son puerilidades de escuela en lo relativo al goce de la libertad: puede encontrarse esta en cualquiera de las formas referidas, del mismo modo que puede verse excluida de ellas. No hay sino una constitución real para todos los Estados: la libertad; la forma de esta es indiferente.

La libertad es de derecho natural y no de derecho político, como se ha sustentado harto inoportunamente; el hombre la ha recibido el nacer bajo el nombre de independencia individual. Por consiguiente, y como derivación de estos principios existe esta libertad en partes iguales en las tres formas de gobierno. Ningun príncipe, ninguna asamblea podrían daros lo que no le pertenece, ni arrebataros lo que es nuestro.

Dedúcese también de aquí que la soberanía no es ni de derecho divino, ni de derecho popular, sino que es el orden establecido por la fuerza; es decir, por el poder admitido en el Estado. El rey es el soberano en la monarquía; el cuerpo aristocrático en la aristocracia, y el pueblo en la democracia; pero estos poderes son incapaces de comunicar la soberanía á otro objeto que no sea ellos mismos, porque allí no hay rey, ni aristocracia, ni pueblo que puedan destronarse.

Establecidas estas bases, el historiador no debe apasionarse por la forma monárquica, ni por la republicana: haciendo abstracción de todo sistema político, no profesa odio ni amor á los pueblos ni á los reyes; los juzga con relación á los siglos en que vivieron, sin

Mr. Pouqueville me ha facilitado no pocas noticias indispensables á mi trabajo, y he seguido sin temor de extraviarme al que fue mi primer guía en los campos de Esparta. Ambos visitamos las ruinas de Grecia cuando aun no las alumbraba sino un pálido destello de pasada gloria, y ambos defendimos la causa de nuestros antiguos huéspedes, quizá no sin fruto; á lo menos, cuando leo en el *Child-Harold* de lord Byron algunos pasajes de mi *Itinerario*, me anima la esperanza de que merced al auxilio de este inmortal intérprete, no se perderán enteramente mis palabras en favor de un pueblo desventurado.

Puede leerse con fruto una disertación con que Mr. Lenormant ha tenido á bien permitirme enriquecer mi obra. Mr. Lenormant ha recorrido el Egipto con Mr. Champollion, ha leído las inscripciones en aquel, los mudos monumentos seculares, que acaban de levantar de nuevo su voz en sus desiertos.

De hoy mas no tornará á decirse de las Pirámides.

Vingt siecles descendus dans l' éternelle nuit.

Y sont sans mouvement, sans lumiere et sans bruit.

Los antiguos han atribuido constantemente al Oriente el Origen de las religiones griegas; y sobre tal base refutada sin embargo en nuestros días, ha apoyado Mr. Creuzet su grande obra de las *Religiones de la antigüedad*. Desde la publicación de este libro el estudio religioso de la antigüedad ha hecho progresos, y se descubren de día en día los secretos de la Persia y de la India. El *Ensayo sobre la Religión de la Arcadia*, de que se ocupa Mr. Lenormant, comprenderá el paso de las tradiciones orientales á Grecia, en su forma mas pura y menos alterada. El sabio arqueólogo Panofka une su trabajo al de Mr. Lenormant.

Mr. Ampere, hijo del ilustre académico á quien la ciencia debe descubrimientos que admira el mundo sabio, me ha enseñado con suma complacencia algunas de sus traducciones y estudios escandinavos. Estos estudios son el extracto de una grande obra á que Mr. Ampere ha consagrado sus ocios, obra que será la historia de la poesía de los diferentes pueblos, de la poesía tomada en la esencia misma de la palabra, y como la parte mas real y ciertamente la mas viva de la inteligencia humana. Mr. Lenormant y Mr. Ampere pertenecen á esa juventud reflexiva que custodia hoy la hija de nuestros infortunios y la esclava de nuestra gloria, es decir, la libertad. ¡Ojalá la guarde como debe!

He tenido noticia por conducto de las escuelas de Alemania, de notas instructivas de Mr. Barchoux, apresurándome á aprovecharme de ellas.

He encontrado en los directores de nuestras bibliotecas y de nuestros archivos nacionales, esa urbanidad y complacencia que nunca se cansa, y que los hace tan apreciables á sus compatriotas y á los extranjeros.

Finalmente, Mr. Daniello ha escudriñado los manuscritos, los libros y los pasajes que yo le he indicado en el discurso de mi trabajo; le debo este testimonio público, y al separarme de él como del resto del mundo, me atrevo á recomendarle al que necesite la ayuda de un literato instruido y laborioso.

¿Qué me resta decir? Nada excepto ese adiós que la natural honradez de nuestros autores galos daba en otro tiempo al lector en sus prefacios. Imitaré su ejemplo: mis largas relaciones con el público justificarán esta intimidad. Así pues, dirigiéndome á la nueva Francia le digo: «Adiós, amigo lector. A ti te quedan tu juventud, un largo porvenir y todo cuanto rodea una existencia que empieza; á mí me quedan horas marchitas y sin vigor, lo pasado en vez de lo futuro, y la soledad que se forma en derredor de una vida que termina. *Tú lector, vale et juvantes aut certe volentem, ama.*»